

# Domingo 27 del Tiempo Ordinario

## Primera lectura: Génesis 2,18-24

Y serán los dos una sola carne.

Los primeros capítulos del libro del Génesis son una meditación sapiencial sobre el ser humano en sus tres relaciones fundamentales: con Dios, con el mundo y con sus semejantes. El capítulo 2 describe el proyecto de Dios sobre la humanidad y sobre la realidad de lo creado, un plan rebosante de armonía y luz. El capítulo 3, por el contrario, describe el proyecto alternativo que el ser humano quiere realizar prescindiendo de la propuesta de Dios.

Nuestro fragmento se ciñe a 2,18-24, es decir, a una sola escena de un largo relato. El Señor contempla la creación del ser humano y la juzga incompleta, a causa de la soledad en que se encuentra su criatura. Como posible remedio crea los animales y encarga al ser humano la tarea de ponerles nombre a todos. Con todo, la soledad no desaparece. A partir de este momento la narración cambia y en el v. 21 el Señor Dios, viendo que lo animales no le ayudaban a solucionar el problema, realiza una acción ciertamente misteriosa y difícil de explicar en sus detalles (en nuestro refranero se habla de la «costilla de Adán»). El significado, en cambio, es claro: el ser humano ha sido creado para la relación. Necesita la alteridad, es decir, otra persona con quien confrontarse. Así el varón descubre a la mujer y la mujer descubre al varón, dos seres humanos creados por Dios con la misma dignidad y grandeza.

Al final entre los dos se establece una comunión tan profunda que pasan a ser una misma existencia, «una sola carne» (v. 24); una unión que no se apagará ni siquiera con la muerte, porque «fuerte como la muerte es el amor» (Cant 8,6).

## Segunda lectura: Hebreos 2,9-11

El santificador y los santificados tienen todos el mismo origen.

Empezamos la lectura de la carta a los Hebreos, un ejemplo espléndido de homilética cristiana proveniente de los círculos paulinos. Escrito desconcertante, pues no se trata de una carta, no fue escrita por Pablo y no va dirigida a los hebreos. En realidad, nos encontramos ante una homilía o exhortación escrita por un magnífico orador (no tenemos datos sobre él) que la envía a una comunidad cristiana que está atravesando un momento difícil. Se detectan algunos síntomas como debilitación de

la fe, poca capacidad de comprensión de la doctrina, descuido y torpeza generales en las prácticas de vida cristiana.

El tema tratado es muy particular: es una «lectura litúrgica» de la persona y la obra redentora de Cristo con referencia a la liturgia que se celebra en el templo de Jerusalén el día de la expiación (en hebreo, *yom kippur*, cf. Lv 16). Nuestro fragmento pertenece a la primera parte de la obra (1,5-2,18), que podría resumir-se así: no obstante su humillación temporal, Cristo, el Hijo de Dios, es infinitamente superior a los ángeles.

Inspirándose en el salmo 8, el autor ve en la encarnación de Cristo el germen de la Pascua, donde Cristo actúa como gran sacerdote, salvador e intercesor. El verbo griego *teleiόo*, «hacer perfecto» (en nuestro texto «perfeccionar») del v. 10 es palabra clave en este escrito, porque se refiere al cumplimiento en Jesús del proyecto divino de salvación para la humanidad.

### **Evangelio: Marcos 10,2-16**

Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Jesús continúa su camino hacia Judea, es decir hacia la pasión, y continúa también su enseñanza: sobre el matrimonio (Mc 10,1-12), la infancia (Mc 10,13-16) y las riquezas (Mc 10,17-31). El evangelio de hoy agrupa los dos primeros textos.

La enseñanza sobre el matrimonio se realiza en dos fases: una en público, ante el pueblo y algunos fariseos (vv. 1-9) y otra a solas con los discípulos (vv. 10-12). La disputa o controversia con los fariseos se formula en clave de interpretación bíblica. El punto de partida de los fariseos es el texto de Dt 24,1 donde la ley de Moisés permite al marido expulsar a la mujer (divorciarse de ella), dándole un documento de libertad (acta o libelo de repudio). Jesús responde relativizando dicho pasaje (les hace ver que no se trata de una ley definitiva sino de una concesión temporal sujeta a determinadas situaciones y formalidades: «dureza de corazón de los hombres») y remitiéndose a un texto más fundante. De este modo, sitúa al ser humano en el principio de la creación: «varón y mujer los creó» (cita de Gn 1,27) y «serán ambos una sola carne» (cita de Gn 2,24). Su unión en «una sola carne» (hebraísmo que significa «en plena comunión integrante de personalidad humana») es proyecto, obra y derecho de Dios. Por eso, sentencia Jesús: «lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre» (v. 9). Varón y mujer aparecen igualmente responsables de su amor; ninguno de los dos puede imponer su dominio sobre el otro.

Al volver a casa, los discípulos le preguntan de nuevo sobre lo mismo y Jesús se reafirma en lo dicho y señala concisamente las consecuencias éticas de su doctrina.

# Domingo 28 del Tiempo Ordinario

## Primera lectura: Sabiduría 7,7-11

En comparación de la sabiduría, tuve en nada la riqueza.

La segunda parte del libro de la Sabiduría (cap. 7-9) se compone del elogio de la Sabiduría (cap. 7-8) y la oración de Salomón (cap. 9). Recordemos que su autor se presenta como si fuese Salomón en toda su gloria y esplendor, antes de sus errores.

Sabiduría 7 consta de tres secciones: 7,1-6 (Salomón se declara un común mortal); 7,7-12 (Salomón reza para obtener la Sabiduría) y 7,13-21 (Dios mismo guía la sabiduría). Nuestra lectura se corresponde prácticamente con la segunda sección. Aquí descubrimos que la Sabiduría se recibe. Sin embargo, también hay que pedirla y esto supone una elección preferencial. El autor se inspira en la oración de Salomón en Gabaón (1 Re 3). Según las antiguas tradiciones, en aquel santuario, unos kilómetros al norte de Jerusalén, el joven rey había pernoctado con la esperanza de recibir un sueño premonitorio. Sucedió que se le apareció el Señor y le preguntó qué es lo que quería y, admirado ante su respuesta («Da a tu siervo un corazón sabio para gobernar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo», 1Re 3,9), le concedió el don de la sabiduría.

Pedir la Sabiduría significa preferirla a todos los bienes materiales que lleva consigo el poder. Estos no son más que «un poco de arena» (7,9) comparados con la Sabiduría. En otras palabras, lo único que en realidad puede enriquecer la existencia humana no son las riquezas sino las cualidades auténticamente humanas y espirituales.

## Segunda lectura: Hebreos 4,12-13

La Palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón.

Este breve fragmento de la carta a los Hebreos es un elogio de la Palabra de Dios. Para dar fuerza a su exhortación encaminada a reavivar la fe y la esperanza (3,7-4,11), el autor añade una reflexión sobre la potencia tremenda de la Palabra de Dios que deja al descubierto todas las cosas sometiéndolas a juicio (4,12-13).

La Palabra de Dios es infalible, sin error y eficaz porque realiza lo que dice; penetra como una espada en los rincones más íntimos del alma y discierne los sentimientos que anidan en el corazón. Esta descripción de la Palabra de Dios no contiene ninguna cita del Antiguo Testamento,

pero corresponde a su enseñanza sobre el aspecto judicial de la Palabra. Este es precisamente el aspecto que quiere subrayar el autor de la carta. Así pues, evita evocar los aspectos más positivos de la Palabra: su potencia creadora, su poder de iluminación, alimento y curación. Más bien se inspira en Sb 18,15, donde la Palabra personificada se dirige a Dios diciendo: «Tu omnipotente palabra se lanzó desde el cielo, desde el trono real, cual implacable guerrero [...] trayendo como aguda espada tu decreto irrevocable». No hay escapatoria: el culpable será desenmascarado sin falta.

### **Evangelio: Marcos 10,17-30**

Vende lo que tienes y sígueme.

De paso hacia Jerusalén Marcos pone en boca del Maestro una lección sobre los bienes temporales en relación al seguimiento y la vida eterna. La instrucción iniciada en Marcos 9,33-37 termina con este relato del encuentro de Jesús con un hombre piadoso y de buena voluntad, pero sofocado por el peso de las riquezas. La lección del Maestro se desarrolla en tres momentos: una experiencia de vida (10,17-22), una reflexión a propósito de la misma (10,23-27) y una palabra de aliento para los que aceptan poner en práctica la lección (10,28-30).

Mientras Jesús se pone en camino, se le acerca alguien que ha escuchado la llamada de la ley, pues le pregunta cómo heredar la vida eterna. Es buen israelita, atento a las promesas que Dios hizo a los antiguos. Cumplidor de la ley, intuye en el Maestro la llamada a una entrega más generosa. Es observante, sincero y de conducta intachable, y merece por ello el amor de Jesús que «se le quedó mirando con cariño» (v. 21). Entre el cumplimiento de los mandamientos de la ley, válidos para alcanzar la vida eterna, y el camino del evangelio sigue habiendo una gran distancia. Eso es lo que le falta al hombre rico, eso es lo que le ofrece Jesús. El apego a sus «muchas posesiones» (v. 22) le priva de libertad para ser auténtico discípulo de Jesús. Se le nubla la mirada y, ante tener que ceder la riqueza a los pobres como primer paso del seguimiento, escoge quedarse rico.

A partir de este caso concreto Jesús instruye a los discípulos, cada vez más asombrados, sobre el tema de la riqueza en general. Cada intervención de Jesús suscita una respuesta-reacción de los discípulos que le lleva a precisar el tema. Las dos primeras sentencias de Jesús (vv. 23 y 24) afirman cuán difícil es entrar en el reino de los cielos, siendo rico. La tercera (v. 25) recurre a la fuerza de una imagen típica de aquel tiempo para referirse a algo muy difícil («que un camello pase por el ojo de una aguja») y la última (v. 27) es una sentencia de la tradición israelita (cf. Gn 18,14) que funciona como conclusión.

## Domingo 29 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Isaías 53,10-11

Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años.

La lectura de hoy se reduce a un breve fragmento del «cuarto canto del siervo del Señor» (Is 52,13-53,12) obra de un profeta anónimo del exilio que se conoce como el Deutero-Isaías. El canto puede dividirse en tres secciones: una introducción (52,13-15), el cuerpo central (53,1-10) y un epílogo (53,11-12). Curiosamente el leccionario une el último versículo de la segunda sección con el primero del epílogo (53,10-11).

El centro de la escena lo ocupa un personaje misterioso, llamado «el siervo del Señor», título honorífico que se aplicaba a los patriarcas (Dt 9,27), a Moisés (Jos 1,1-2) a Josué (Jos 24,29), a David (2 Sam 7,5-8) y en el Nuevo Testamento a María (Lc 1,38.48). Sin embargo, nace como un retoño en un desierto solitario, aislado, sin antecesores ni genealogías que le honren. Vive por pura gracia, ya que no puede alimentarse de la tierra árida que lo ha visto nacer. Es una presencia viva en un mundo desolado a causa del pecado. Es un hombre desfigurado al que todos desprecian porque se interpreta su tormento como castigo divino y, por consiguiente, se teme su contagio. Pero la muerte no es el destino de esta vida de dolor y sufrimiento inocente. Al contrario, ella misma hará florecer el misterio de vida y fecundidad que se escondía en aquel retoño. El siervo «justificará a muchos», los salvará con su dolor y por eso podrá contemplar a Dios en la gloria.

### Segunda lectura: Hebreos 4,14-16

Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia.

Seguimos con la lectura de la carta a los Hebreos. El fragmento de hoy está formado por tres versículos (4,14-16) que funcionan como transición entre las dos secciones de la segunda parte de la carta (3,1-4,14 y 4,15-5,10) dedicada a Cristo sumo sacerdote digno de fe. Por ello, es considerada como una exposición de cristología sacerdotal.

La frase de 4,14 se compone de dos partes: una larga afirmación y una breve exhortación, en las que destacan tres términos de gran importancia: «sumo sacerdote», «Jesús» y «profesión de fe». Después de haber concluido en este versículo todo cuanto tenía que decir sobre Jesús sumo sacerdote, el autor empieza a hablar de otra cualidad sacerdotal necesaria para ejercitar la mediación, a saber, la misericordia (cf. 2,17-18). El

mismo esquema que hemos visto en 4,14 se repite en 4,15-16, aunque aquí los dos elementos (afirmación y exhortación) se encuentran en dos frases distintas, la afirmación va precedida de dos negaciones («no tenemos» e «incapaz de») y la exhortación es más desarrollada («acerquémonos...»).

Si confiamos en Jesús, sumo sacerdote, conocedor de la naturaleza humana con todas sus debilidades y límites, encontraremos misericordia y compasión para todas nuestras enfermedades.

### **Evangelio: Marcos 10,35-45**

El Hijo del Hombre ha venido a dar su vida en rescate por todos.

En la última etapa del camino hacia Jerusalén, Jesús anuncia por tercera vez a sus discípulos la pasión y muerte que allí le espera. Ellos demuestran no haber comprendido sus palabras. Acto seguido, Jesús los corrige y les explica que ellos también tendrán que compartir su pasión y entregar su vida por los demás.

En el evangelio de hoy se distinguen dos partes: 10,35-41 (Santiago y Juan piden privilegios y los demás apóstoles se indignan) y 10,42-45 (Jesús corrige a todos). El mismo texto indica que ya no hay «doce», sino dos por un lado y diez por otro, como grupos enfrentados entre sí. Se aferran a las estructuras de poder, porque todavía no han entendido a fondo la doctrina de Jesús.

La respuesta de Jesús al atrevimiento de los hijos de Zebedeo contiene dos motivos esenciales para comprender el sentido del discipulado. Uno es el «cáliz» (morir por Jesús) y otro es el «trono» (sentarse con él en la gloria). Esta unión de cáliz y trono, de entrega actual de la vida y de herencia del reino futuro constituye la clave del discipulado. Los Zebedeos podrán beber el cáliz con Cristo, es decir, le seguirán hasta el final en el camino de entrega de la vida. Ser discípulo es aprender a morir con Jesús. Movidos por un deseo de dominio, Santiago y Juan han pedido un trono de poder y Jesús ha transformado ese deseo haciéndoles capaces de entregar su vida por los otros. Por lo que se refiere a la gloria de los suyos, eso queda en manos del Padre. El verbo griego *hetoimastai*, un pasivo divino, lo indica muy bien: «a los que Dios lo ha reservado» (v. 40). Ante la indignación de los otros diez que también ansían los primeros puestos, Jesús se ve obligado a reiterar su enseñanza sobre el servicio como ley constitucional de la comunidad cristiana. Ésta ha de ser una comunidad sin poder, no sin autoridad. Ahora bien, dicha autoridad ha de ser entendida como servicio.

# Domingo 30 del Tiempo Ordinario

## Primera lectura: Jeremías 31,7-9

Ciegos y cojos, los guiaré entre consuelos.

A Jeremías le tocó vivir uno de los momentos cruciales en la historia de su pueblo. Nos referimos a la caída de Jerusalén y el destierro en Babilonia. Como para todos los profetas antes del exilio, la llamada a la conversión va unida al anuncio de castigo. Ahora bien, llegados al momento crucial, cuando la catástrofe es inminente, Jeremías se abre a la esperanza. Dios no ha roto definitivamente con su pueblo. Cambiará su suerte. Transformará Judá por dentro y por fuera. Así pues, Jeremías no es solamente un profeta de quejas, amenazas y castigos sino también el profeta de la consolación y la esperanza. No en vano los capítulos 30-31 reciben el nombre de «Libro de la Consolación».

Nuestra lectura es un oráculo de consolación con perspectiva mesiánica que forma parte de Jr 31,1-14, que podemos dividir en tres partes (vv. 1-6; 7-9 y 10-14). Los vv. 1-6 son un canto a la fidelidad divina, en el que el destierro es presentado como un nuevo desierto, donde el pueblo encuentra a su Dios, un Dios fiel, amoroso y cercano. Los vv. 10-14 amplían el escenario. El profeta exhorta a las naciones, testigos del triunfo del Señor, a escuchar y anunciar su palabra.

El destinatario de los vv. 7-9 (nuestro fragmento) es desconocido, pero el oráculo puede leerse como dirigido a Judá, después de la caída de Jerusalén bajo los babilonios en el 586 aC y la subsiguiente deportación a Babilonia. El «resto de Israel» (v. 7) que el Señor quiere liberar presenta solo miseria, dolor y debilidad: «ciegos, cojos, embarazadas y paridas» (v. 8). Sin embargo, el Señor constituirá su familia precisamente con todos ellos: «Seré un padre para Israel» (v. 9).

## Segunda lectura: Hebreos 5,1-6

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Heb 5,1-6 forma parte de una larga exposición de diez versículos (5,1-10) siempre en torno al tema de Cristo sumo sacerdote. Dicha exposición se compone de dos partes: una descripción del sumo sacerdote (5,1-4) y la aplicación a Cristo (5,5-10). Es evidente que el leccionario ha recortado esta segunda parte, de la que ha seleccionado solo los vv. 5-6.

La descripción del sumo sacerdote (5,1-4) comprende tres elementos. El primero es una definición general del sumo sacerdote como media-

dor entre los humanos y Dios, completada con una observación sobre los sacrificios (v. 1). El segundo elemento insiste en la relación del sumo sacerdote con los pecadores que se manifiesta en la ofrenda de sacrificios (vv. 2-3). El tercer y último elemento añade un particular sobre la relación del sumo sacerdote con Dios (v. 4).

Los vv. 5-6 presentan a Cristo elegido por Dios, como Aarón, para desempeñar la función de sacerdote. Ahora bien, la elección no tuvo en cuenta las normas legales, ya que Jesús no era de estirpe sacerdotal, ni pertenecía a la tribu de Leví. Jesús era descendiente de la estirpe real de David.

### **Evangelio: Marcos 10,46-52**

Maestro, que pueda ver.

Camino a Jerusalén, hacia la pascua definitiva, Jesús y sus acompañantes han salido ya de Jericó y están a punto de emprender el ascenso que les conduce a la ciudad santa. La gente les rodea porque es tiempo de peregrinación pascual. Y Jesús aprovecha la ocasión para impartirles una nueva lección sobre el seguimiento mediante la curación del ciego Bartimeo (Mc 10,46-52), una escena que recuerda la curación de otro ciego, el de Betsaida, cuyo nombre desconocemos (Mc 8,22-26).

Jesús empieza a cumplir sus anuncios de pasión (8,31; 9,31; 10,33). Sube a Jerusalén para morir por la humanidad, aunque nadie lo comprenda. Tampoco el ciego Bartimeo comprende, pero la confianza en el Maestro le hace gritar por dos veces: «Hijo de David, ten compasión de mí» (en griego, *eleyson*). Estas palabras son una auténtica confesión mesiánica, pues lo proclama «Hijo de David», título con que la gente del pueblo designaba al Mesías, el Salvador.

Jesús lo manda llamar y el ciego, arrojando el manto, signo de su condición de mendigo, se pone sin nada en manos de Jesús. En otras palabras, se comporta como discípulo (cf. por contraste la lucha por los primeros puestos entre los discípulos que leímos el domingo pasado). A la pregunta de Jesús, le responde con una petición insólita. No le pide una limosna habitual, sino nada más y nada menos que recobrar la vista. Y Jesús se la concede: «Anda, tu fe te ha curado» (o sea «salvado»).

La reacción de Bartimeo es «seguir a Jesús» y en el evangelio seguir a Jesús significa ser discípulo suyo. Nos imaginamos que lo primero que el mendigo vio al recobrar la vista fue el rostro de Jesús. No le dice nada, no le pregunta nada, no le pide nada. Simplemente le sigue. Es el prototipo del discípulo/creyente cuya misión no es otra sino acompañar a Jesús en el camino hacia Jerusalén, acompañarle en su pasión y muerte en el calvario.



# Domingo 31 del Tiempo Ordinario

## Primera lectura: Deuteronomio 6,2-6

Escucha, Israel: Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón.

Situado en el interior del segundo discurso de Moisés (Dt 4,44–28,68), nuestro fragmento forma parte del cap. 6 enteramente dedicado al mandamiento principal: el mandamiento del amor. Los vv. 1-3 introducen dicho mandamiento con la exhortación a «temer al Señor», condición esencial para una vida longeva y feliz.

Los versículos siguientes (vv. 4-9) se concentran en el tema de la escucha. Israel es invitado a escuchar: una escucha que debe conducir a la acción y a la conversión, es decir, a retomar el camino que la Palabra de Dios indica. Sigue la proclamación de la unidad y unicidad de Dios, o sea, la esencia del judaísmo, su profesión de fe. Dicha proclamación es la base sobre la que se apoya el precepto de amar a Dios con un amor total, un amor que involucra a toda la persona en alma y cuerpo. Es el más grande y el primero de todos los mandamientos. Cada día, por la mañana y por la tarde y luego en la cama antes de acostarse, los judíos piadosos recitan estos versos que constituyen la primera parte del *Shema' Israel* (escucha Israel), la oración más amada y más famosa del judaísmo. A ella se añaden Dt 11,13,31 y Nm 15,37-41.

En sentido bíblico, «escuchar» expresa una adhesión gozosa, de obediencia filial, de escucha entusiasta a la propuesta principal de Dios, es decir, la de creer en él y amarle «con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas» (cf. v. 6).

## Segunda lectura: Hebreos 7,23-28

Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa.

En la parte central de la carta a los Hebreos (5,11–10,39) el autor describe a Cristo, sumo sacerdote perfecto. Después de una introducción exhortativa (5,11–6,20), expresa la novedad del sacerdocio de Cristo, muy distinto del sacerdocio levítico (7,1-28). Si el fragmento de 7,1-19 está dedicado a Melquisedec y el sacerdocio levítico, el de 7,20-28 pone de relieve la superioridad del nuevo sacerdocio de Cristo. En 7,20-28 podemos distinguir tres unidades (vv. 20-22; vv. 23-25; vv. 26-28), cada una de las cuales expresa una antítesis entre el sacerdocio antiguo y el nuevo. El leccionario reduce la lectura de hoy a las dos últimas unidades, es decir, los vv. 23-28.

En los vv. 23-25 se subraya la eficacia del nuevo sacerdocio mediante la siguiente antítesis: por un lado, los sacerdotes cuyo sacerdocio queda

interrumpido con su muerte y, por otro, el «sacerdote in eterno», es decir, que perdura por siempre.

En los vv. 26-28 destacan tres elementos: primero, una calificación entusiasta del nuevo sumo sacerdote (v. 26), luego, una antítesis entre este sumo sacerdote y los antiguos en cuanto a la ofrenda de sacrificios (v. 27); y, por último, otra antítesis entre la debilidad de los sumos sacerdotes constituidos por la Ley y la perfección del sumo sacerdote constituido por el oráculo del Salmo 109,4 («las palabras del juramento, posterior a la Ley»).

### **Evangelio: Marcos 12,28b-34**

No estás lejos del reino de Dios.

La página evangélica de hoy forma parte de una amplia «controversia» entre Jesús y algunos dirigentes del judaísmo oficial (Mc 11,27-12,34). La escena se desarrolla en un atrio del templo de Jerusalén, pocos días antes de la pasión. Saduceos, herodianos y fariseos ya habían hecho a Jesús varias preguntas capciosas para ponerle en aprieto (sobre su autoridad, el tributo al César y la resurrección de los muertos). Ahora, se adelanta el único interlocutor sincero, un escriba o maestro de la ley empeñado en la búsqueda de la verdad y le propone una cuestión realmente importante.

Los escribas eran los maestros o guías religiosos del pueblo. Conocían al dedillo la ley y se encargaban de explicarla al pueblo y de aplicarla a situaciones concretas de la vida. En su afán de codificar moralmente la existencia humana hasta los mínimos detalles, habían catalogado hasta 613 normas o preceptos (248 que mandan y 365 que prohíben), a los que habían añadido otras muchas prescripciones. Abrumado por el peso de estas leyes, el escriba que se acerca a Jesús parece que siente la necesidad de aligerar la carga, de concentrarse en un principio supremo que, en lugar de asfixiar y angustiar a las personas, sea capaz de simplificarles la vida y permitirles vivir más unificados y en paz.

Preguntado solo por el primer mandamiento, Jesús responde también sobre el segundo. De ahí que su respuesta conste de dos partes, inspiradas en sendos textos bíblicos, Dt 6,5 y Lv 19,18 respectivamente. La primera parte de la respuesta conjuga una afirmación sobre Dios (existe Dios, el único, nuestro Dios) y el imperativo de amarle con todas nuestras fuerzas (con la mente, el corazón y la voluntad). La segunda parte hace hincapié en el segundo mandamiento: el del amor al prójimo. Ambos mandamientos se sitúan en la misma perspectiva; el primero se realiza en el segundo.

El escriba aprueba con entusiasmo la doctrina de Jesús y éste termina elogiando la sinceridad y sensatez del escriba.

# Todos los Santos

## 1 de noviembre

### Primera lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar...

La segunda parte del libro del Apocalipsis (cap. 4–22) presenta una lectura teológica de la historia, en la que después de una breve introducción (4,1–5,14), se describen las fuerzas que intervienen en ella (6,1–17,17) y sus respectivas acciones (8,1–11,14). La tremenda lucha que se desencadena entre las fuerzas del bien y del mal (11,15–16,16) tiene un feliz desenlace, pues al final la victoria pertenece a Cristo (16,27–22,5), principio y fin de la historia. Con este libro tan sugestivo y a la vez desconcertante, el autor quiere transmitir un mensaje de esperanza a una comunidad cristiana que vive una situación de crisis de la que no sabe cómo salir. Nos encontramos a finales del siglo primero en tiempos del emperador Domiciano.

Nuestro fragmento, tomado de 6,1–7,17, contempla la historia desde el punto de llegada: la multitud de los salvados, en total 144.000. La cifra, formada por el cuadrado de 12 (número de las tribus de Israel) multiplicado por mil (número de la universalidad), indica la totalidad del pueblo de Dios.

Esta «muchedumbre inmensa» (mártires, santos, fieles del Señor), que ha pasado por el crisol de la gran tribulación («Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero», v. 14), constituye un pueblo de sacerdotes que participan día y noche sin cesar en la liturgia celestial. Éste es el nuevo pueblo de Dios. Las vestiduras blancas significan su configuración con Cristo muerto y resucitado y las palmas que sujetan en las manos son el símbolo de la victoria (v. 9).

### Segunda lectura: 1 Juan 3,1-3

Veremos a Dios tal cual es.

La primera carta de Juan, al igual que la segunda y la tercera, tiene por destinatarios a una o más comunidades (o a algunos miembros de las mismas), en las que se están infiltrando algunas doctrinas heterodoxas que amenazan la fe cristiana.

En nuestro breve fragmento (3,1-3), el autor invita a los cristianos a vivir como hijos de Dios. El amor de Dios es origen y fundamento de la filiación de los creyentes. Sin embargo, los discípulos tendrán la misma suerte del

maestro: «el mundo no nos conoce porque no le conoció a él» (v. 1). La transformación del creyente es un hecho del presente que alcanzará su manifestación plena en la última venida de Cristo (v. 2). Entonces viviremos la comunión de amor con el Padre en modo tal que nos pareceremos a él («seremos semejantes a él») y lo podremos contemplar/ver directamente, sin filtros, pantallas o intermediarios que nos entorpezcan la visión. Esta esperanza es la que mantiene firme al creyente y le anima a alejarse del pecado mediante la purificación de la mente y el corazón (v. 3).

### **Evangelio: Mateo 5,1-12a**

Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Mateo 5,1-12a recoge el célebre texto de las Bienaventuranzas. El leccionario lo propone en la solemnidad de Todos los Santos porque, de hecho, las Bienaventuranzas son la definición más completa y exigente de la santidad. Ahora bien, tengamos en cuenta que el evangelio no nos presenta figuras de santos para que se conviertan en modelos a imitar sino la persona con la cual ellos se han configurado, es decir, Dios. «Aprended de mí, decía Jesús, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Si hay que imitar a alguien, ese es Jesús, el Hijo de Dios, nuestro único maestro. Afligidos, sufridos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, puros de corazón, constructores de paz, perseguidos por la justicia e insultados por ella son concreciones de la primera bienaventuranza, que es la bienaventuranza esencial: «Dichosos los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (v. 3). Aquí la pobreza es entendida en sentido bíblico, como una disposición global del ser humano al proyecto de Dios en la humanidad y en la historia, es decir, aquella realidad que Jesús llama «reino de los cielos» y que no todos consiguen entender.

Por todo esto, las bienaventuranzas no son un código de leyes cuya observancia escrupulosa garantiza la salvación al ser humano. Tampoco son una lista de deberes que los cristianos han de cumplir y presentar a Dios de manera exhaustiva, esperando su visto bueno y, si es posible, un premio. Al contrario, las bienaventuranzas no tienen nada que ver con la ley, el deber o la imposición, pues se sitúan en otro orden de cosas. Lo que Jesús propone es una actitud religiosa, una disposición interior, una entrega y generosidad totales, sin condiciones ni reservas, a los valores del evangelio, un crecer cada día en el amor. Éste es el camino que han escogido los santos.

# Conmemoración de los Fieles Difuntos

## 2 de noviembre

*Las lecturas de esta día se toman del Leccionario de Difuntos. Aquí ofrecemos una posible selección.*

### **Primera lectura: Isaías 25,6a.7-9**

El Señor aniquilará la muerte para siempre.

En la primera parte del libro de Isaías (1–39), conocida como el Primer o Protoisaías y atribuida al Isaías del siglo VIII aC, hay unos capítulos que forman un grupo independiente, al que se suele designar como «el gran apocalipsis de Isaías», aunque en realidad contiene poquísimos elementos del género apocalíptico. Nos referimos a Isaías 24–27, textos claramente postexílicos, obra de un autor desconocido.

Nuestra lectura forma parte del capítulo 25. Después de un cántico de acción de gracias y alabanza a Dios porque ha destruido «la ciudad de los tiranos» (probablemente Babilonia), liberando así a los pobres y desvalidos del yugo extranjero (vv. 1-5), sigue la descripción de un espléndido festín en el monte Sión (vv. 6-9). El Señor, reconocido como rey (cf. 24,23), prepara un gran banquete. Manjares exquisitos y vinos selectos para los invitados venidos de todos los pueblos de la tierra, sin distinciones ni privilegios (cf. 2,2-3). En el banquete se celebra el triunfo definitivo de la vida gracias a la intervención del Dios salvador que ha destruido la muerte (mortaja, sudario, llanto, duelo) y el oprobio de su pueblo. «Todos los pueblos» (universalidad) son invitados a la alianza «en este monte» (centralismo), en especial Israel que conserva un lugar privilegiado porque es «su pueblo», el pueblo del Señor. Así pues, el banquete, signo de comunión e intimidad, se convierte en escenario de liberación.

### **Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-14.17b-18**

Estaremos siempre con el Señor.

Esta carta, probablemente el primer escrito del Nuevo Testamento, se remonta al año 50 dC y fue escrita por Pablo para responder a algunos problemas surgidos en la comunidad de Tesalónica, entre los que destacan aquellos de carácter escatológico, o sea, los relativos a los acontecimientos finales de la historia humana: la parusía, el día del Señor, el juicio, el encuentro de los fieles con Cristo, la resurrección de los muertos.

Nuestro fragmento está tomado de 4,13-18 sobre la suerte de los difuntos. Siguiendo el ejemplo de Jesús (cf. Mt 9,24; Jn 11,11), Pablo se refiere

a los difuntos como «los durmientes», «los que duermen», subrayando así el significado cristiano de la muerte. La muerte no es el final del camino sino un largo sueño del que, pronto o tarde, se despierta. Por eso, ante la muerte los cristianos no deberían afligirse como los paganos que no creen en la resurrección ni en la vida futura (v. 13). El razonamiento del apóstol se funda en la muerte y resurrección de Cristo, misterio que marca el destino de todos los creyentes. La resurrección de Jesús y de los fieles culmina con la acción salvífica del Padre que llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús (v. 14).

Consciente de que se trata de un misterio insondable, Pablo intenta explicarlo lo mejor que puede y sabe por medio de imágenes de tono apocalíptico (vv. 15-17a omitidos por el leccionario). Ahora bien, la afirmación clave de todo el pasaje se encuentra en el v. 17b: «y así estaremos siempre con el Señor». Con estas palabras, el apóstol ha querido «consolar» a los Tesalonicenses que vivían nerviosos y angustiados por estas cuestiones.

### **Evangelio: Juan 11,17-27**

Yo soy la resurrección y la vida.

Entre los milagros («signos» en el cuarto evangelio) realizados por Jesús, la resurrección de Lázaro encabeza la lista (11,1-44), no solo porque es el más extenso sino también, y sobre todo, porque es símbolo de la resurrección de Jesús. Su estructura es diáfana: una introducción histórica y una declaración clarificadora de Jesús (vv. 1-5); el diálogo de Jesús con los discípulos (vv. 6-16); el diálogo entre Jesús y Marta (vv. 17-27); el encuentro con María (vv. 28-32); la ida al sepulcro y la apertura de la tumba (vv. 33-41a); la resurrección de Lázaro (vv. 41b-44).

Nuestra página evangélica se concentra en los vv. 17-27 que constituyen el centro teológico de la narración. Después de una breve introducción con indicaciones de tiempo, espacio y personajes, el narrador nos cuenta el encuentro y el diálogo entre Marta y Jesús (vv. 17-20).

La confesión de Marta procede gradualmente: en un primer momento, demuestra su confianza en el poder taumatúrgico del Maestro (v. 21) y en el poder de su intercesión ante el Padre (v. 22); luego, sin entender el significado de las palabras de Jesús, las relaciona con su convicción religiosa de una resurrección de los muertos en el último día (v. 24), lo que provoca la auto-revelación de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida...» (vv. 25-26); y al final, Marta reconoce su divinidad con una solemne profesión de fe: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo» (v. 27). La tradición joánica ha condensado en esta fórmula, en boca de una mujer (cf. la confesión de Pedro en Jn 6,68-69; Mt 16,16), una serie de títulos que expresan la fe cristológica de la comunidad.

La fe se ha despertado en el diálogo y confirmado en el signo. Marta ha creído antes del milagro.

## Domingo 32 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: 1 Reyes 17,10-16

La viuda hizo con su harina un panecillo y se lo llevó a Elías.

Nuestro episodio se enmarca en un contexto más amplio. Nos referimos a la historia del profeta Elías que el autor de los libros de los Reyes recoge en el «ciclo de Elías» (1 Re 17,1-2 Re 1,18). Elías es un profeta modélico, basta fijarse en su nombre que en hebreo significa «solo Yahvé es Dios». Su símbolo es el fuego, «porque su palabra ardía como antorcha» (cf. Sir 48,1). Los capítulos mencionados describen la lucha dramática que Elías sostiene contra la religión cananea, en particular contra el culto a Baal, principal divinidad del panteón cananeo, que se había infiltrado en Israel.

Execrado por Ajab, el rey de Israel, Elías busca refugio en tierra extranjera. Primero, junto al torrente Kerit y luego, cuando éste también se seca, en la población de Sarepta, territorio de Fenicia. Allí encuentra a una viuda tan pobre que ni siquiera podía compartir su pan con el profeta; solo tenía un puñado de harina y un poco de aceite para ella y su hijo (17,12). El triste destino de ambos cambiará gracias a la intervención de Elías: como desde aquel momento la tinaja de harina y la orza de aceite no se vaciaban nunca, ninguno murió de hambre (17,16). Había suficiente alimento para los tres: el profeta, la viuda y su hijo. La fe de aquella viuda que hizo lo que Elías le había dicho alcanzó el límite del heroísmo. Por eso, Jesús hizo memoria de ella en el sermón en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,25-26).

### Segunda lectura: Hebreos 9,24-28

Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos.

Nuestra lectura consiste en un fragmento aislado de una larga meditación teológica sobre Cristo, el sumo sacerdote perfecto (5,11-10,39) que ocupa la parte central de la carta a los Hebreos. Más concretamente, forma parte de 9,11-28 («un sacrificio y una alianza nuevos»), una sección que puede dividirse en: oblación de Cristo (9,11-14), conclusión de la nueva alianza (9,15-23) y realización celeste y definitiva de la oblación de Cristo (9,24-28).

Después de afirmar que la oblación de Cristo se ha consumado en el santuario del cielo, en presencia de Dios (v. 24), el autor pone el acento en el carácter único y definitivo de la entrada de Cristo en el cielo (vv. 25-28). A diferencia de los ritos de la antigua alianza, el sacrificio de Cristo no

puede repetirse. Y para demostrarlo, el autor presenta sus argumentos. El primero es que la repetición del sacrificio habría implicado la repetición de la pasión de Cristo en cada periodo de la historia del mundo. Ahora bien, el sacrificio de Cristo no es un evento cíclico sino escatológico que introduce un cambio radical en el mundo, antes esclavo del pecado. El otro argumento es que el sacrificio de Cristo se ha realizado con su muerte, evento irreversible, pues se muere una sola vez. Su muerte, sí, ha sido una muerte transformada en sacrificio, pero irrepetible. Cristo volverá sin volver a la vida mortal. No tendrá que morir de nuevo por nuestros pecados. Lo hizo un vez por todas. Volverá glorioso «para salvar definitivamente a los que lo esperan» (v. 28).

### **Evangelio: Marcos 12,38-44**

Esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie.

Las controversias han terminado, pues han desaparecido los rivales. Pero antes de abandonar el templo, Jesús hace una severa crítica contra aquellos escribas que abusaban de su prestigio institucional (Mc 12,38-40). Contrasta con esta crítica el elogio a la generosidad de los pobres que le sigue inmediatamente (Mc 12,40-44). Estos dos episodios, presentados como un díptico de contraste, describen dos actitudes opuestas, el egoísmo de ciertos escribas y la generosidad de la viuda.

Con un estilo de denuncia profética, Jesús previene al pueblo contra aquellos líderes religiosos que, en lugar de ponerse al servicio de los sencillos, solo se afanaban por su honor y provecho personal. Maestros que tenían el oficio de ser guías, pero en realidad desorientaban. La crítica de Jesús se concentra en dos puntos: la vanagloria y la avaricia. Vanagloria que se expresa en ostentaciones en cuanto a la indumentaria, reverencias externas, búsqueda obsesiva de los primeros puestos en celebraciones y banquetes, rezos largos y prolongados... ¡Atentos a la vanagloria!, pues suele ser orgullo de la mediocridad, siempre al borde del ridículo. Todavía peor es la avaricia que lleva a los poderosos a aprovecharse de los demás, sobretodo de los pobres y más débiles. Con sus duras palabras, Jesús no condena a unas personas en concreto sino más bien una actitud y a cuantos con ella se identifican.

En un momento de pausa, sentado ante el «gazofilacio» (arcón donde se depositaban las ofrendas al templo), imparte su última lección y lo hace rindiendo homenaje a una pobre viuda. Con sus dos moneditas, de apenas un gramo de cobre cada una, ella «había echado todo lo que tenía para vivir» (v. 44). Toda su vida.



## Domingo 33 del Tiempo Ordinario

### Primera lectura: Daniel 12,1-3

En aquel tiempo se salvará tu pueblo.

La tradición judía y cristiana siempre ha considerado a Daniel como un profeta. Sin embargo, el libro que lleva su nombre no pertenece a la literatura profética sino a la apocalíptica, un género literario especialmente desarrollado en los últimos siglos del Antiguo Testamento y primeros del cristianismo (350 aC - 150 dC). Las obras apocalípticas normalmente responden a un doble objetivo: primero, ofrecer una clave de interpretación desde la fe para los fieles del Señor que están pasando por una situación difícil; segundo, motivar a los lectores para que no abandonen la fe que han recibido por muy dramáticas que sean las circunstancias.

El libro de Daniel, a pesar de sus numerosas referencias al tiempo del exilio en Babilonia, fue escrito con toda probabilidad durante el levantamiento Macabeo (167-164 aC) para reanimar a los judíos perseguidos por el rey seléucida Antíoco IV, fortalecer su fe y su fidelidad a la ley, y alimentar su esperanza. El libro recibe el nombre de su protagonista, un judío exiliado llamado Daniel (en hebreo, «mi juez es Dios») que vive en Babilonia.

Nuestro fragmento es el texto más citado y discutido del libro (Dn 12,1-3), al que podríamos poner por título «Tiempos de angustia y promesa de resurrección». En el v. 1 el mundo divino (el arcángel Miguel) irrumpe en la historia para llevar a cabo su plan obstaculizado por las fuerzas del mal. A pesar de todas las pruebas y sufrimientos, los elegidos de Dios se salvarán. El v. 2 introduce el tema de la resurrección (entendida como un despertar) individual y física como respuesta al problema provocado por la experiencia del martirio. En el v. 3 se garantiza la promesa de la resurrección a los guías espirituales del pueblo («los sabios»), quienes con su enseñanza han conseguido que éste conservara su fe auténtica.

### Segunda lectura: Hebreos 10,11-14.18

Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados.

Termina la lectura continua de la carta a los Hebreos con un fragmento que pertenece a 10,1-18 («el único sacrificio eficaz»). Dicha sección está formada por las siguientes unidades: ineficacia de la ley (10,1-3), sacrificios y oblationes eficaces (10,4-10), los sacerdotes atareados y el sacerdote

entronizado (10,11-14) y nueva alianza y fin de los sacrificios (10,15-18). El leccionario agrupa las dos últimas unidades y omite los vv. 15-17.

Nuestro texto está enteramente construido a partir de un paralelismo anti-tético que opone el sacerdocio de Cristo al sacerdocio antiguo. Se refiere al culto sacrificial cotidiano celebrado por «cualquier sacerdote» (v. 11), lo que pone en evidencia el contraste entre la repetición cotidiana de múltiples sacrificios y la total ausencia de multiplicidad y de repetición. Para demostrar esta ausencia, en el caso de Cristo, el autor recurre al Salmo 109 para dejar claro que Cristo está ya junto al Padre y no va a repetir su sacrificio. La frase final (v. 18) expresa una correlación lógica entre la presencia del perdón y la ausencia antitética del pecado.

### **Evangelio: Marcos 13,24-32**

Reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos.

Última lectura del evangelio de Marcos. Nuestro fragmento (13,24-27) está sacado del «sermón escatológico», «discurso sobre la parusía» o «apocalipsis sinóptica» (13,1-37), uno de los textos más complejos del Nuevo Testamento. Redactado en estilo apocalíptico, propio de la época, está lleno de simbolismos. A pesar de su oscuridad, su intención fundamental es la de tranquilizar una comunidad turbada y asustada a causa de los acontecimientos sucedidos en Judea durante los años 70 dC (opresión romana, destrucción del templo y persecución de la comunidad cristiana). Es de notar que este encuadre apocalíptico no se encuentra al final del evangelio sino entre las controversias de Jesús en Jerusalén (cap. 11-12) y su pasión, muerte y resurrección (cap. 14-16). Funciona, pues, como un alto en el camino, una pausa de reflexión para frenar la marcha de un discurso que ha ido siempre in crescendo.

Nuestro texto recoge los últimos versículos del «sermón escatológico», cuyo tema central es la venida del Hijo del hombre (entiéndase Jesús). Los vv. 24-25 presentan una escenografía impresionante sobre el momento previo a su venida. La conmoción del firmamento (se oscurece y tiembla) simboliza la renovación del universo. En los vv. 26-27, inspirándose en la visión profética del libro de Daniel (7,13-14), Marcos describe la venida (en griego, *parusía*) de Jesús que es manifestación evidente de su poder y gloria en el universo. En los vv. 28-29 la parábola de la higuera que rebrota enseña a mirar la ruina de Jerusalén y del templo como signo de que el Señor ya está a la puerta. Siguen tres breves sentencias sobre cuándo tendrá lugar la caída de Jerusalén (v. 30), la eternidad e infalibilidad de la palabra de Cristo (v. 31) y el secreto sobre el día de la venida de Jesús (v. 32).

# Jesucristo, rey del Universo

## Primera lectura: Daniel 7,13-14

Su poder es eterno.

La segunda parte del libro de Daniel (cap. 7–12) está formada por una serie de visiones apocalípticas descritas en primera persona por el mismo Daniel. Por este motivo se terminó atribuyendo toda la obra a este misterioso personaje (cf. Ez 14,14.20; 28,3; Esd 8,3; Ne 10,7). Se trata de la pseudonimia, un procedimiento frecuente en la antigüedad utilizado para dar autoridad y prestigio a una obra.

Nuestro brevísimo fragmento (7,13-14) forma parte del primero de los cuatro episodios narrados en los cap. 7–12. Todos son relatos de visiones apocalípticas: las cuatro bestias y el hijo del hombre (cap. 7), el carnero y el macho cabrío (cap. 8), las setenta semanas (cap. 9) y la gran visión final (cap. 10–12). Daniel no es capaz de entender su significado, por eso recibe la ayuda de unos ángeles que interpretan y le explican el significado de lo que ha visto. En general, el contenido de las cuatro visiones es una presentación simbólica de varios periodos de la historia en función del cumplimiento escatológico. En otras palabras, los imperios surgen y caen uno tras otro según el plan establecido por el Señor: la historia humana avanza hacia la inauguración definitiva del reino de Dios.

En 7,13-14 la expresión «un hijo de hombre» (un individuo) evoca la humanidad del gobierno de Dios que se opone a la bestialidad salvaje de los gobiernos imperiales. El «hijo del hombre» es una figura simbólica que representa al líder de un grupo. En algunas corrientes del judaísmo se identifica con el Mesías davídico y en el Nuevo Testamento con Jesucristo. Aquí, en lugar de un individuo, podría representar una colectividad: el grupo de los justos que reciben de Dios el poder definitivo.

## Segunda lectura: Apocalipsis 1,5-8

El Príncipe de los reyes de la tierra nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios.

El Apocalipsis empieza con un prólogo o introducción al libro (1,1-3), donde el autor pone de manifiesto las características peculiares de esta obra (su naturaleza, contenido y frutos). Se trata de una revelación divina hecha por Jesucristo a través de un ángel a su siervo Juan para que éste la transmita a toda la comunidad. El contenido de dicha revelación son los acontecimientos inmediatos y su lugar propio, la celebración litúrgica. Cuantos la lean, escuchen su mensaje y lo pongan en práctica serán bienaventurados.

Nuestro fragmento forma parte de la introducción litúrgica (1,4-8) que precede a la presentación detallada de Cristo Resucitado (1,9-20) y el itinerario penitencial de las siete iglesias (2,1-3,22). En la introducción asistimos a una especie de diálogo litúrgico en el seno de la comunidad que se corresponde con el diálogo final (22,6-21). Ahora bien, antes de escuchar el mensaje, la comunidad quiere resaltar la autoridad y dignidad de quien lo dirige. Por eso, empieza con una presentación de Jesucristo con todos sus títulos: «testigo fiel», «primogénito de entre los muertos», «príncipe de los reyes de la tierra». Luego, con el fin de animar a las comunidades cristianas perseguidas, se anuncia la venida gloriosa de Cristo como juez escatológico.

«El Alfa y la Omega» (v. 8) son la primera y la última letra del alfabeto griego. Indican el principio y el fin de todas las cosas.

### **Evangelio: Juan 18,33b-37**

Tú lo dices: Soy Rey.

El evangelio está tomado de la pasión según Juan. Corresponde a la segunda de las siete escenas en que el autor del cuarto evangelio divide el proceso de Jesús ante Pilato, al que dedica doble espacio que el resto de los evangelistas. Su principal objetivo es poner de relieve la realeza de Jesús que se manifiesta plenamente en la tragedia de la pasión. Todos los evangelistas refieren la pregunta de Pilato «¿Eres tú el rey de los judíos?». Solo Juan conserva un diálogo entre Jesús y Pilato, mientras los sinópticos refieren solamente una breve respuesta de Jesús que a partir de aquel momento se encierra en un misterioso silencio parecido al del siervo sufriente del Deutero-Isaías.

A primera hora de la mañana del viernes, en una sala interior del palacio, Pilato, representante del César, somete a Jesús a un interrogatorio. Las preguntas de Pilato sirven para introducir y dar relieve a la declaración final de Jesús sobre el sentido de su reinado que representa el vértice del diálogo: afirma que su reino no es de este mundo, es decir, no es de origen terreno. Su realeza viene de lo alto, es decir, es espiritual. Su reino no es de aquí abajo porque no se apoya en un ejército ni en las potencias del mundo. La realeza de Jesús se manifiesta, en cambio, en dar testimonio de la Verdad. Y en el cuarto evangelio la Verdad es la revelación de Dios al mundo en Jesucristo. Nótese que en griego el verbo *martyrein* («dar testimonio») suena al oído como ser mártir. Aunque la afirmación de Jesús se refiere a toda su vida y ministerio, se concentra ahora en su pasión y muerte, un auténtico «martirio» de y por la Verdad.